

Paisajes de borde

Repensando el territorio como construcción simbólica de lugar

Coordinadores

Guillermo Tella • Analía Fernández

Colaboradores

Mitchell De Sousa • Sheila Delgado • Nicolás Groppa • Mora Kestelman

María Belén Piñeiro • Micaela Benedetti • Vanina Summo • Susana Torosky



Paisajes de borde

Repensando el territorio como construcción simbólica de lugar

Coordinadores

Guillermo Tella • Analía Fernández

Colaboradores

Mitchell De Sousa • Sheila Delgado • Nicolás Groppa • Mora Kestelman

María Belén Piñeiro • Micaela Benedetti • Vanina Summo • Susana Torosky

UBA, FADU.
Universidad Facultad de Arquitectura
de Buenos Aires Diseño y Urbanismo

SU
Instituto Superior de
Urbanismo, Ambiente y
Territorio FADU-UBA



Tella, Guillermo

Paisaje de borde : repensando el territorio como construcción simbólica de lugar / Guillermo Tella ; Coordinación general de Guillermo Tella ; Analía Fernández. - 1a ed. - Martínez : Azzurras, 2023.

120 p. ; 215 x 145 cm.

ISBN 978-987-25839-8-9

1. Urbanismo Operacional . I. Tella, Guillermo, coord. II. Fernández, Analía, coord. III. Título.

CDD 711

© Guillermo Tella | www.guillermotella.com | guillermotella@gmail.com

© Ediciones Azzurras, 2023

ISBN: 978-987-25839-8-9

Septiembre de 2023

Ediciones Azzurras

Edición y diseño: ED. DG. Rosanna Cabrera

edicionesazzurras@gmail.com | rosannacab@gmail.com

Teléfono: 011 6043849

Queda hecho el depósito que indica la Ley 11.723

Impreso en Argentina / Printed in Argentina

Tirada por demanda.

Imagen de portada: Avenida General Paz, examinada como paisaje urbano de borde de la Ciudad de Buenos Aires, que al tiempo que integra, también disgrega y fricciona ambos márgenes territoriales, a modo de frontera simbólica en su continuidad física.

Fotografías, esquemas y cartografías que integran esta publicación han sido generadas por el equipo de investigación de referencia, a partir de relevamientos y mapeos recientes llevados a cabo en el proyecto de investigación desarrollado desde el Instituto Superior de Urbanismo, Territorio y Ambiente de la Universidad de Buenos Aires.

La reproducción total o parcial de este libro, en cualquier forma y formato que sea, idéntica o modificada, no autorizada por la editorial y los coordinadores, viola los derechos reservados; cualquier utilización debe ser previamente solicitada. Los participantes de la investigación son responsables del material aquí publicado.

El presente trabajo sintetiza los resultados alcanzados en proyectos de investigación desarrollados por el equipo de referencia y acreditados en la Universidad de Buenos Aires con sede en el Instituto Superior de Urbanismo, Territorio y Ambiente de la Facultad de Arquitectura, Diseño y Urbanismo.

Cabe destacar que ha sido distinguido con el "Primer Premio" en el Concurso de Ensayos organizado en 2019 por las siguientes instituciones: Autoridad de Cuenca Matanza Riachuelo; Universidad Nacional de Lanús; y Ministerio del Interior, Obras Públicas y Vivienda de la Nación.

Guillermo Tella

AUTORIDADES DE LA FADU

Decano

DG. Carlos Venancio

Vicedecano

Arq. Walter Gómez Diz

Secretario General

Arq. Jorge Marcelo Bernasconi

Secretaria Académica

DG. María Cecilia Galiana

Secretaria de Extensión Universitaria
y Bienestar Estudiantil

Arq. Mónica López

Secretaria de Investigaciones

Arq. Rita Laura Molinos

Secretario de Relaciones Institucionales

Arq. Alejandro D Andrea

Secretario de Hacienda y Administración

Arq. Sergio Richonnier

Secretario de Hábitat

Arq. Hernán Noriega

Secretaria de Relaciones Internacionales

DI. Dolores Delucchi

Secretaria de Posgrado

Arq. María Estela Iravedra

Secretario de Medios y Comunicación

DG. Pablo Salomone

Índice

| | |
|---|-----------|
| Introducción | 11 |
| PRIMERA PARTE | 17 |
| La construcción simbólica de paisajes de borde | 19 |
| Interrogantes sobre la noción de bordes y fronteras | 24 |
| Aproximaciones al paisaje desde inter y transdiseño | 32 |
| SEGUNDA PARTE | 37 |
| El papel del <i>homo urbanus</i> en paisajes urbanos | 39 |
| Resignificando conceptos del paisaje de borde | 44 |
| El borde como limitante, impermeable y poderoso | 49 |
| La construcción colectiva del paisaje urbano | 55 |

| | |
|---|------------|
| TERCERA PARTE | 59 |
| El paisaje como escenario de conflictos semánticos | 61 |
| El borde urbano como escenario de conflictos semánticos | 63 |
| <i>Definición de categorías</i> | 74 |
| CUARTA PARTE | 85 |
| El paisaje como entretejido de formas de habitar | 87 |
| El paisaje de borde como frontera de marginalidades | 92 |
| El paisaje de borde como demarcación simbólica de lugar | 100 |
| CONSIDERACIONES FINALES | 105 |
| <i>Referencias bibliográficas</i> | 116 |

Introducción

Gerhard Richter, inigualable artista plástico alemán, ofrece en su obra una estética representada con realismo epocal, con uso subjetivo del material, con abstracción figurativa, con construcciones ficticias que apenas podrían concebirse en la realidad. Como parte de su serie "Paisajes Atmosféricos" (2020), reivindica principios y valores posmodernos, tales como: la incertidumbre estructural, la inseguridad permanente, la lógica de lo efímero, la ruptura de límites, el traspaso de



Formas y colores se entremezclan de ilusiones de lo abstracto y de manifestaciones de lo efímero.

fronteras, el espacio del enigma, el paisaje opresivo. En ese marco, el paisaje es presentado como instrumento para la experimentación de momentos, para tornar lo efímero en absoluto.

En este torbellino que nos propone Richter, de formas y colores que se entremezclan, de ilusiones de lo abstracto y de manifestaciones de lo efímero —y que, en el medio local, lo retoman artistas como Vero Dima—, centramos la mirada en el *paisaje urbano de borde*, entendido como construcción social y colectiva, para insertarlo en las redes de reproducción que lo configuran y que, para ello, ante el caos de lo efímero, demandan

cierto orden urbano, aún a expensas de principios de equidad, de integración, de inclusión.

La noción de paisaje está asociada a la observación del entorno y, para ello, se requiere salirse de éste, verlo desde fuera. Mirar el paisaje es mirar hacia afuera, opuesto a la introspección, a la mirada interior. Está asociado a la acción de percibir *paysage* (del francés) o a la de sentir *landscape* (del inglés). El paisaje da sentido y significado a la sociedad de pertenencia mediante configuraciones espaciales con las que crea y recrea imaginarios colectivos.

Mantener un tipo determinado de paisaje equivale



Mediante símbolos se comunican ideas y valores para ordenar y reconfigurar el territorio.

a mantener una forma determinada de sostener un sistema de relaciones sociales. Sin embargo, la propuesta que aquí se presenta no refiere entonces al carácter contemplativo, de observación desde el afuera sino, por el contrario, hablamos de un tipo de paisaje *immersivo*, de experimentación colectiva a partir de interacciones con el entorno, en diálogos desde/con/hacia el sitio, recuperando al sitio desde la perspectiva de *ciudad-hablante*. Así planteado, el enfoque propuesto apunta a reconocer de qué modo *el paisaje de borde contribuye a repensar el territorio como construcción simbólica de lugar*, que al tiempo que integra,

también disgrega y fricciona, poniendo en tensión complejas relaciones entre espacio, poder e identidad. Tales relaciones, expresadas mediante símbolos, comunican ideas y valores para ordenar y reconfigurar el territorio, la población, las inversiones. De modo que el símbolo se constituye en el factor clave para la diferenciación de los lugares, para construir identidad, para hacer ciudad. El paisaje de borde, entonces, resulta escenario de pujas que entreteje las relaciones sociales que los sustentan y, en ese accionar, las diferencias simbólicas cualifican el territorio y definen ciertas marcas que determinan un nuevo *estatus de lugar*.

Junto a la interpretación de paisajes, se propone una mirada evolutiva de la noción de borde, su expansión y su consolidación, su impronta y sus atributos. Es dable observar cómo dichas diferencias remiten a percepciones, definiciones, descripciones y representaciones de lugar. En este contexto, el paisaje, al ser aceptado y reproducido, generaría un determinado orden urbano, representando poderes en pugna, expresando identidad y estableciendo diferencias socioespaciales. Tal paisaje de borde, entonces, no es presentado como objeto natural sino como *construcción social* y como *producto cultural* que, como tal, genera

enunciados que consagran tensiones entre los diversos colectivos sociales que lo emiten.

Así, observamos cómo el paisaje de borde tiende a ser conclusivo, delimitado y diferenciado; y, además, cómo su existencia sostiene las condiciones necesarias de reproducción. La respuesta que ofrece termina siendo en sí mismo un enunciado a develar. Y éste es uno de los principales desafíos que presenta esta mirada: explicitar una suerte de discurso urbano, legitimado socialmente, en el que el paisaje “nos habla” para expresar *orden, poder y diferenciación*. Cabe reflexionar sobre la construcción simbólica en paisajes.

Primera parte

La construcción simbólica de paisajes de borde

La lectura del paisaje urbano es presentada como herramienta para comprender los procesos constitutivos del territorio, donde todos los componentes del tejido urbano cobran sentido a partir de la relación entre actores sociales y la cotidianeidad de sus formas de vida. Hablar de un orden simbólico del territorio examinado en el paisaje de borde implica considerar la dominancia de reglas, de actividades normadas, en un lugar específico, en un espacio determinado.

En el paisaje urbano encontramos diversas formas de organización asociadas a los discursos: del *orden*, dado por el Estado a los espacios y a las actividades; del *poder*, dado por las relaciones de las fuerzas instaladas; y, de la *diferenciación*, dado por su propia cualidad urbana. Esto plantea entonces una suerte de discurso urbano en disputa entre los diversos colectivos sociales que lo emiten (Tella *et al.*, 2020).

Por consiguiente, si analizamos al paisaje urbano como una construcción social, éste expresa un orden territorial y las relaciones intrínsecas que lo sustentan. Y, en esa dinámica define un nuevo *estatus de lugar* a través de marcas simbólicas que remiten a percepciones sensoriales, a representaciones colectivas y a construcciones subjetivas. De esta manera, estas intervenciones realizadas como caracterizaciones, delimitaciones y diferenciaciones entre los lugares y los actores, permite identificar discursos de segregación, pugnas y desigualdades. Y, al mismo tiempo que se disputa, el paisaje se exhibe como cambiante, como ámbito que contie-

ne y que cualifica (Tella *et al.*, 2021).

El paisaje se va construyendo a través del tiempo mediante constantes cambios en su estructura física y en su organización social. Esto sucede de manera lenta, escalonada o abrupta, generando rupturas en las configuraciones establecidas. Por lo que en los bordes urbanos, el paisaje genera nuevas relaciones y símbolos como dispositivos materiales para ordenar y reconfigurar el territorio, la población, las inversiones.

Diversos autores han abordado estos temas, identificando pautas de crecimiento y problemáticas de expansión, y aportaron nuevas caracteri-



Fig. 1: Hablar del paisaje de borde implica considerar actividades normadas en un lugar específico.



Fig. 2: La fractura social se expresa en procesos de polarización con fuertes contrastes espaciales.

zaciones para el análisis, como: Vapñarsky (1989 y 1999), Pírez (1994), Torres (1978 y 2001), Bozzano (2009), Lombardo (2008 y 2012), Buzai (2012) y Tella (2001, 2014 y 2020b). Reconociendo que la fractura social se expresa también espacialmente, en nuestras ciudades se observa no sólo su polarización sino la presencia de fuertes contrastes. Ello incita a repensar espacio y sociedad.

La articulación entre constantes y matices, entonces, permite generar ciertas aproximaciones explicativas a la noción simbólica del territorio, que aparece consagrado como frontera de marginalidades, mediante una configuración unívoca de límites a la expansión urbana; como

demarcación simbólica, a través de estereotipos autopercibidos por los diferentes grupos sociales; y como trama de relaciones de poder, entablando pujas y alianzas para modelar nuevas realidades espaciales.

En efecto, la cuestión social, el rol del Estado en sus modos de intervención (u omisión) y las biografías de actores sociales que se ven atravesados por procesos de degradación de sus condiciones de vida, son al mismo tiempo emergentes de una problematización que nos interesa plantear y a partir de la cual poder elaborar una comprensión de los modos en los que lo urbano se construye. La noción de paisaje de borde, final-

mente, ofrece como presupuesto la marginalidad misma, entendida como “una integración de poblaciones que no están fuera de la sociedad, sino que están insertas en ella y ocupando la posición más desfavorable” (Gutiérrez, 2002).

Interrogantes sobre la noción de bordes y fronteras

Partiendo de estos enfoques, se toma como caso de estudio el área de borde de la avenida General Paz, arteria que divide jurisdiccionalmente a la Ciudad de Buenos Aires con su región metropolitana norte, y que vincula los enclaves urbanos a ambas márgenes, conformando un eje estratégico de paisaje singular. En ese marco, se plantean interrogantes sobre la noción de bordes y fronteras, perspectivas de consolidación de centralidades, políticas públicas implementadas, geografías de lugar, roles de diferentes actores sociales (Tella *et.at.*, 2019).

En esta zona seleccionada se analiza el contexto de pugnas, tensiones y retraimiento de las administraciones públicas, en donde surgen nuevos actores fuertemente territorializados: el municipio, el barrio, los técnicos, las organizaciones de la comunidad, la iglesia, entre otros, que demandan y gestionan el derecho a la vivienda, a la tierra, a los servicios y a las infraestructuras básicas (Novick, 2004) y también a la circulación, a la seguridad, al paso. Y, aunque los diferentes actores pugnan por la legitimación colectiva del derecho a construir y a habitar la ciudad, sus expectativas colisionan con las prácticas de los promotores y

los intereses creados en el territorio (Tella, 2007) [Figs. 3 y 4].

Esto da como consecuencia observable un paisaje urbano polarizado, con fuertes contrastes socioespaciales, en el cual los sectores afrontan una disputa por el suelo, signada por tensiones en la construcción de territorios de diálogo, intercambio y resignificación (Arduino, 2014; Villamizar-Duarte, 2014; Torres-Tovar, 2014). La articulación entre estas constantes y matices permite generar ciertas aproximaciones explicativas a la noción de paisaje, que aparece consagrado como *frontera de marginalidades*, mediante una configuración unívoca de límites.



Fig. 3: El área observada pone de relieve tensiones y retraimiento de las administraciones públicas.

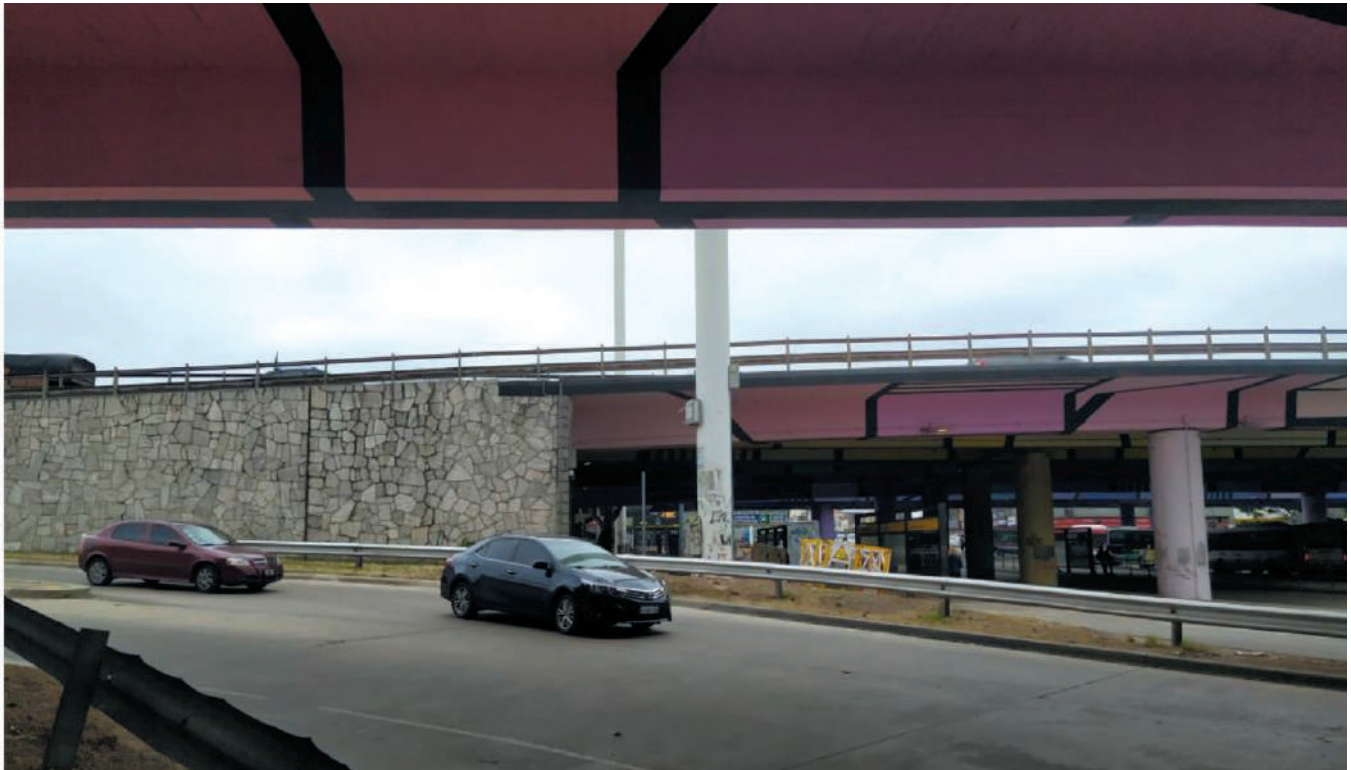


Fig. 4: La articulación entre constantes y matices permite generar ciertas aproximaciones explicativas.

La *demarcación simbólica*, a través de estereotipos autopercibidos de los diferentes grupos sociales y su trama de relaciones de poder, entablan pujas y alianzas para modelar nuevas realidades espaciales, traduciendo en *habitus*, en un sistema socialmente constituido (Lizardo, 2009). Y alude al mismo espacio social bourdieano, como campo de fuerzas donde los grupos sociales se definen por sus posiciones relativas, según el volumen y la estructura del capital que posean (Bourdieu, 1989). Estos se movilizan, se transforman, traspasan límites, trascienden fronteras, reconfiguran y recalifican el espacio, generando nuevas

relaciones, nuevos símbolos y entramados culturales. En ese contexto, el paisaje de borde es examinado como: territorio de frontera, demarcación simbólica y potencial fragmento de paisaje. Dentro del esquema de Clément (2004), se identifican tres sistemas de paisaje:

- El *primer paisaje*, que refiere a paisajes unitarios en equilibrio, de alto nivel de biodiversidad, constituido por territorios lejanos de las actividades humanas, lugares de baja velocidad y desarrollo lento.
- El *segundo paisaje*, planteado como el conjunto de espacios urbanos caracterizados por la presencia

continua de actividades humanas, que lo transforman incisivamente sin solución de continuidad.

- El *tercer paisaje*, a modo de territorios residuales, de espacios indecisos, de lugares caóticos y heterogéneos, de diferentes escalas y límites imprecisos, de orígenes diversos, de aquello que queda afuera. Y que es en el que podremos inscribir a nuestra zona de estudio y análisis.

Este “tercer paisaje” (*Tiers Paysage*) conformaría entonces un paisaje informal que, para algunos, es percibido como un lugar inseguro, como una red de espacios intersticiales en el tejido de la ciudad, dominado por cierto abandono o

desinterés, tal como: bordes de la avenida, los pasos bajo nivel, los espacios baldíos bajo los puentes, los pasos peatonales, entre otros. La idea de poder intervenir sobre este tipo de paisajes, sobre estos denominados *residuos territoriales*, da cuenta de la imprescindible articulación entre diferentes componentes que expresan los ideales de una sociedad respetuosa de sus recursos naturales y de su equilibrio social [Figs. 5 y 6].



Fig. 5: Una red de espacios intersticiales en la ciudad aparece dominado por situaciones de tensión.



Fig. 6: La demarcación simbólica entabla pujas y alianzas para modelar nuevas realidades espaciales.

Aproximaciones al paisaje desde inter y transdiseño

Tal como hemos señalado, la lectura de paisajes de borde requiere dar cuenta de procesos de reconfiguración de territorios cada vez más fragmentados y asimétricos. Y, en ese marco, el *interdiseño* surge entonces como herramienta para abordar los complejos desafíos que requiere la construcción de un hábitat inclusivo, desde el aporte integrado de distintos enfoques que, en esencia, conllevan una expectativa de cambio (Fernández *et al.*, 2005). No debemos olvidar que una intervención está dirigida a revitalizar un área

deprimida y que tiene la capacidad para plantear integralmente nuevas formas de producción y reproducción de espacios comunitarios; donde las tradicionales herramientas de actuación no han podido afrontar cuestiones tan esenciales como los procesos de segregación territorial, el problema del tránsito vehicular, la degradación espacial, la contaminación ambiental, entre otros.

Topalov (1979) hace referencia a la consolidación de dispositivos que permiten la mayor y más fluida circulación del capital. Los mismos aparecen puestos al servicio del capital social acumulado y se traducen en nuevos dispositivos del poder, en

elementos que el capital genera en el espacio urbano para su reproducción (Estado, instituciones, empresas, etc.). Este paisaje, marcado por la lucha de diferentes actores en diferentes espacios urbanos, se enfrenta a los que tienen el poder sobre el territorio, especialmente los que están al servicio y de la promoción de dispositivos.

Esto se manifiesta en los actuales procesos que refuerzan tales relaciones del capital con los dispositivos que la nutren. Son estas manifestaciones que en lo colectivo luego se traducen en discursos, las que recupera el propio capital social y a partir de las cuales es posible comenzar

a comprender el proceso de construcción de la realidad originado en las interacciones entre las personas y el mundo (Morin, 1994). En este marco, el paisaje es considerado como estatus urbano de lugar, como escenario donde nuestras vidas se desarrollan. Este estado de lugar se dibuja en el territorio a partir del conjunto de representaciones generadas por un colectivo social y sus construcciones subjetivas, determinadas por tres discursos que construyen el paisaje, el discurso del orden, del poder y de la diferenciación (Tella y De Sousa, 2021).

El discurso del orden está determinado por

la consolidación de la ciudad, sea por los proyectos urbanos, imaginarios colectivos de prefiguraciones que nunca fueron realizadas en la ciudad; *el discurso del poder*, que representa todo aquel cuerpo institucional y/o económico que desarrolla una intervención concreta o que marca la influencia de las acciones particulares de individuos sujetos a estas relaciones; y, finalmente, *el discurso de la diferenciación*, que expresa todos los elementos emergentes de dichas intervenciones. Los discursos se traducen en elementos concretos del paisaje, donde orden y poder establecen niveles de diferenciación.

El paisaje así se resignifica, demarcando *fronteras de marginalidades*, es decir, límites percibidos por la población que habita en los recintos donde los discursos colisionan entre sí. Esta mirada consolida la idea de paisaje percibido dentro de un colectivo social determinado, que es definido por el conjunto de elementos simbólicos que construyen los espacios urbanos que dicha población habita. Desde este encuadre conceptual reflexionamos sobre la identificación de actores que habitan territorios y donde dichos discursos se topan con mayores paradojas. Por lo tanto, avanzaremos sobre un aspecto esencial:

La necesidad de recrear un hábitat social que requiere de nuevas perspectivas holísticas de pensar el territorio, para que el paisaje se transforme en una herramienta para construir identidad y fortalecer relaciones de vecindad.

Segunda parte

El papel del *homo urbanus* en paisajes urbanos

El paisaje es la delimitación territorial donde todos los dispositivos e interrelaciones sociales se interceptan y relacionan en el espacio. Es el escenario para la reproducción de la vida, un espacio vital para el desarrollo. Una sociedad postindustrial, signada por una potencial sistematización de los comportamientos, es la plataforma para la biopolítica, para la aplicación del conjunto de estrategias de poder orientadas a dirigir las relaciones de poder ("biopoder") que tornen a la vida

algo administrable para su control, influyendo así en aptitudes y comportamientos capaces de producir cuerpos dóciles y fragmentados (Foucault, 1978).

La experiencia del ser humano en la consolidación de las urbes dio espacio a una transformación hacia el *homo urbanus* (Oberzaucher, 2017): una especie que busca continuamente subsistir a sus relaciones de sociabilidad en los *amenities* urbanos, siempre asociados al desarrollo individual y

a la reproducción social. Asimismo, la hegemonía consolidada a través de los elementos que rigen la construcción de las identidades territoriales consolida límites y definiciones geográficas que delimitan la reproducción de la potestad integral del ciudadano. En este sentido, existen elementos heterotópicos en el espacio urbano, como aspectos concretos o infraestructurales, que acompañan dichas heterotopías con dispositivos de poder que condicionan interrelaciones sociales.

La prevalencia del *homo urbanus* se manifiesta en la recurrente interrelación entre procesos de producción y reproducción del capital, median-

te enclaves perennes que consolidan activamente lazos de poder en el territorio y que se expresan en dispositivos concretos, tangibles, que evidencian relaciones de supresión y dominancia en el territorio. Tales dispositivos no son más que infraestructuras urbanas de paisaje con representaciones en el espacio tales como: ruido urbano intimidante, percepción colectiva de inseguridad, sentido urbano de anonimato (Lefebvre, 1978).

Tal como mencionan Graham y Marvin (2001), las infraestructuras están armadas para ciertos *homo urbanus* en detrimento de condiciones urbanas de desigualdad en el acceso y en el uso y goce de

la ciudad. Ejemplo de ello lo constituyen las cualidades físicas y simbólicas de las calles, consagradas por diferentes elementos de impenetrabilidad –igualmente física y simbólica– para diferentes grupos sociales que comparten el territorio. Sin embargo, dichas infraestructuras establecen rigideces espaciales relacionadas a elementos concretos. Sheller y Urry (2018) enfatizan la problemática de esta ambivalencia interseccional entre el elemento objetual privado, en particular el automóvil, cuyo espacio en la ciudad es hegemónico, en contraposición con los límites biopolíticos del *homo urbanus*.

Así, las infraestructuras y el *homo urbanus* se desenvuelven sinérgicamente, de manera diferente y dominante, alienándose a circuitos que requieren cierta dinámica en las interrelaciones sociales. Distante del *homo sapiens*, que requería de su entorno los recursos para la subsistencia, el *homo urbanus* consolida *microidentidades* para construir y sostener otredades.



Fig. 7: Ciertas infraestructuras están armadas en detrimento de condiciones urbanas de desigualdad en la ciudad.



Fig. 8: Ciertas cualidades físicas y simbólicas de las calles consagran diferentes elementos de impenetrabilidad.

Resignificando conceptos del paisaje de borde

Los términos “paisaje” y “borde” han ido mutando a través del tiempo. A finales del siglo XIX, mediante el accionar de los geógrafos, trasciende el sentido pictórico de estos conceptos y la interpretación subjetiva que hasta entonces tenía, para comenzar a verse como una unidad formada por componentes característicos de un sitio para diferenciar recortes territoriales desde estas particularidades. El nacimiento de la geografía cultural dio forma a la definición de “paisaje cultural” como un área geográfica creada por un

grupo social, cuya morfología es consecuencia de una superposición de formas sobre el paisaje natural. De modo que la cultura es presentada como la acción del hombre sobre el medio natural y el paisaje cultural, como el resultado de la transformación de ese medio (Sauer, 1925).

El paisaje cultural viene a ser una construcción teórica que decanta sobre el paisaje que percibimos, que está en constante transformación y en gran medida es la población local que se apropia, modifica, representa y que genera permanentemente nuevas territorialidades que resignifican unidades de paisaje. Detrás de esta noción surge la reflexión ontológica acerca de sus definiciones

convencionales que, en las diferentes formas de expresión del lenguaje, tienen una carga de acción escondida.

Otros autores traducen esa arbitrariedad definida por la "verdad" detrás de esas convenciones en dispositivos de poder, siendo elementos convencionalmente transformados por los diferentes grados de poder establecidos por el colectivo social en el que se definen y dictaminan las palabras (Foucault, 1978). En este sentido, "paisaje" y "borde" son convenciones establecidas de ideas que se generan a través de un conjunto asimilable de elementos que los componen, que se simplifican al delimitarlos como tales sin

cuestionar la carga pragmática. El carácter del lenguaje hace que la riqueza de otros elementos se transforme en una suerte de destrucción de la semántica a nivel local. Al asumir los conceptos en sus sentidos semánticos estamos reproduciendo convenciones y, así, reforzando las relaciones de poder existente.

La noción clásica de *paisaje* se relaciona con cuestiones estéticas con predominio de la naturaleza sobre la presencia humana. Sin embargo, la geografía considera al *paisaje* como la percepción plurisensorial del entorno en relación con los referentes simbólicos, estéticos, culturales e individuales y, por lo tanto, subjetivos, que requieren



Fig. 9: El paisaje es una construcción de ideas generadas a través de un conjunto asimilable de componentes.



Fig. 10: La población genera permanentemente nuevas territorialidades que resignifican unidades de paisaje.

para su existencia de un sujeto que los perciba (Prieto Meleán, 2010).

No obstante, el resultado de todas esas conjunciones es también “paisaje”, entendido como la relación entre lo que se permite construir con lo que se consolida a través del tiempo y el espacio. La construcción colectiva es de todos aquellos que denotan la espacialidad a nivel subjetivo, la forma en que impactan los elementos percibidos y los factores externos de niveles alcanzables (como la configuración política) o inalcanzables (como los factores climáticos), que van construyendo esa subjetividad en objetiva.

Para ello se recurre al concepto de *unidades de paisaje*, que congrega a todos los elementos de un área con cualidades paisajísticas homogéneas, definidas por la percepción colectiva de lugar (Tella y De Sousa, 2021). De modo que las unidades de paisaje están determinadas por elementos físicos y simbólicos de las intervenciones urbanas emergentes tanto de políticas públicas como de acciones colectivas (Choi *et al.*, 2018). Entretanto, el límite de ese paisaje está justamente dado por este *palimpsesto de paisajes percibidos*, por una línea, un muro, por un obstáculo, que establece la idea de *borde urbano*.

El borde como limitante, impermeable y poderoso

La carga semántica de las palabras tiene el poder de traducir esas denominaciones en elementos concretos, en instrumentos del armado de figuras precisas de poder, como por ejemplo las murallas. La construcción colectiva para defenderse de agentes externos ha utilizado una serie de palabras para ordenar la gestión en la materialización de elementos concretos que conformará algo similar a una *cueva de subsistencia*.

Las ciudades del Medioevo, por ejemplo, fortificaban sus bordes para evitar ataques externos.

Esta política de acción las clausuraba y las convertía en reductos fácilmente controlables desde los muros hacia adentro, al tiempo que dichos muros servían para regular ingresos y egresos. Así, la idea de *borde* tiene una genealogía primitiva y su configuración estuvo siempre representada por escalas de delimitación entre lo público y lo privado en todas las circunstancias históricas (Villamizar-Duarte, 2014). Ciertamente, la división de espacios heterotópicos determina la representatividad del borde, definiendo la pertenencia individual y/o colectiva [Figs. 11 y 12].

Asimismo, los bordes urbanos están representados por las relaciones espaciales de poder y se representan mediante diferentes formas, aun cuando sean más o menos inquebrantables (Schäfer-Biermann *et al.*, 2016). ¿Pero qué es lo que define al *borde* como concepto limitante? Es un logismo relativamente simple que está incorporado en nuestro inconsciente reflexivo desde la propia etapa de creación.

Al incorporar la urbanidad en la idea de borde, la complejidad del concepto se simplifica a la representatividad física, cuando en realidad existen diferentes tipos de redes que configuran

bordes. Pensar los bordes en escala permite además encontrar, en distintas agrupaciones del espacio urbano, diferentes tipologías. De tal modo, se pueden identificar dispositivos de poder y diversidad de límites que configuran el paisaje urbano. Estos límites, definidos por dispositivos de poder, se traducen en grados de permeabilidad que tienen los habitantes a los elementos urbanos para circular por la ciudad.

Desde esta perspectiva, es posible reconocer al menos dos tipologías: las *estructurales*, que exceden la escala urbana, y las *biopolíticas y de movilidad*, vinculadas de manera directa a

la cuestión urbana. Las primeras, las *estructurales*, tienen que ver con cuestiones interseccionales dominadas por dimensiones del poder, tales como: percepción de género, perspectiva etaria, perfil étnico, origen migratorio, etc. La ciudad, en tanto representación capital de la sumisión de poder, traduce y reproduce estas relaciones que confluyen en el espacio físico y en las políticas de tipo territorial.

La segunda tipología, *las biopolíticas y de movilidad*, representa el grado de accesibilidad a dispositivos de extensión de los movimientos corporales que permiten a las personas desenvol-

verse en mayor o menor medida en ciertos territorios. Las ciudades están constituidas por calles y ciertos elementos que vencieron a otros en el espacio de la ciudad pública (Augé, 2018). Así, los que tienen la posibilidad de circular rápidamente en la ciudad tienen un espacio de apropiación distinto a aquellos que se desplazan más lento. Esta variable, sumamente relacionada a la primera, se ve reforzada por el carácter interseccional en relación con la velocidad.

Los paisajes se conforman a partir de las configuraciones históricas a las que están sometidos. Lo relevante es que siempre se encuentra



Fig. 11: La construcción colectiva denota la forma en que impactan los diferentes elementos percibidos.



Fig. 12: La división de espacios heterotópicos determina la representatividad del borde, definiendo pertenencias.

limitado por lo tangible y concreto, muchas veces reforzada por un elemento natural o de infraestructura, siendo esas extensiones lineales lo que transforma al territorio y lo determina. En consecuencia, imágenes perceptuales establecen criterios de subjetividad que definen límites y que, a través del tiempo, se consolidan más allá de la literal figura cartesiana, para definirse como divisores simbólicos de áreas de homogeneidad.

La construcción colectiva del paisaje urbano

Tal como hemos señalado, el paisaje urbano constituye una construcción colectiva. Con lo cual, se encuentra focalizado en la imagen subjetiva asociada al concepto de borde de Kevin Lynch (1960), con un carácter estático de sus márgenes. Asimismo, la noción de Gorter, Nijkamp y Poot (2018), incluye movimiento al borde urbano a través de elementos físicos limitantes que rompen la continuidad. Y, en términos de Erik Swynedouw (1997), con su mirada con escala territorial, nos introduce en la idea de la prevalencia de

los procesos socioespaciales que regulan y organizan las relaciones sociales de poder.

En esa lógica, las unidades de paisaje son consideradas como recortes territoriales caracterizados por diferentes elementos (tanto naturales, culturales o simbólicos, que reconocen sus propias territorialidades que diferencien de otros sitios más allá de los límites impuestos (De Sousa et al., 2018). Para definir el campo metodológico en la construcción colectiva del paisaje urbano se parte de la base teórica sobre la conceptualización de unidades de paisajes, hemos convenido en el siguiente abordaje conceptual, a saber:

Porciones del territorio caracterizadas por la combinación específica de componentes paisajísticos de naturaleza ambiental, cultural, perceptiva y simbólica, así como de dinámicas claramente reconocibles, le confieren una idiosincrasia diferenciada del resto del territorio. Deben mantener una homogeneidad, ya sea desde el punto de vista fisionómico o desde su funcionamiento interno.

[Tella y De Sousa, 2021]

El relevamiento de datos y la construcción metodológica se representa en mapas georreferenciados –pese a que ciertas representaciones mentales tienen escalas y sensibilidades que dan cuenta de otro tipo de percepción espacial– que se establecen para la delimitación de los territorios estudiados. Esta metodología es factible de aplicación en diversos paisajes con características semejantes donde, además, el uso de mapas posibilita el diálogo con mecanismos institucionales, compatibilizando datos y resultados de intervención.

En primer lugar, se identifica el territorio de

borde y se realiza la detección *ad-hoc* de las unidades de paisaje sobre la base del diagnóstico territorial. Luego, se establecen criterios de homogenización relevantes en virtud de las particularidades territoriales del paisaje, potencialmente clasificables hasta alcanzar la escala de parcela. Las pautas de homogenización son de orden escalar, tales como: jerarquización viaria, densidad poblacional, flujos circulatorios, densidades, estructura urbana, centralidad dominante, movilidad intrabarrial, entre otros.

Una posterior contrastación, mediante encuestas a vecinos, permite recuperar una dimensión

simbólica con el entorno inmediato y con el carácter percibido de sus bordes (Tella y De Sousa *et al.*, 2021). Con este diagnóstico se pueden establecer lineamientos estratégicos para intervenir territorialmente. La identificación de unidades y subunidades de paisaje habilita la caracterización de componentes paisajísticos de tipo ambiental, cultural, perceptivo y simbólico que acentúan desigualdades espaciales.

Tercera parte

El paisaje como escenario de conflictos semánticos

A modo de contrastación del enfoque planteado ha sido considerada un área de estudio particular en la que los conceptos de *borde* y de *paisaje* –como convencionalmente fueran definidos– permitan poner de relieve un escenario de conflictos semánticos, con apropiación diferencial de escalas territoriales, con yuxtaposición de identidades locales, con transversalización de grandes infraestructuras. Tal es el caso del eje estratégico de paisaje singular, definido por la

avenida General Paz, arteria que bordea la Ciudad de Buenos Aires y que la vincula con su región metropolitana norte.

Para analizar el área de estudio se definen *unidades de paisaje*, donde quedan expuestas las vialidades, como los bordes, con distintos grados de atravesabilidad, siendo el ferrocarril el elemento que mayor dificultad ofrece, seguido por la autopista, las avenidas con Metrobús y, finalmente, las avenidas del entorno.

Las particularidades de cada uno de estos sectores que particionan el territorio conforman unidades de paisaje, caracterizadas por ciertos factores de incidencia, tal como: usos dominantes del suelo, flujo circulatorio peatonal y vehicular, carácter de las arterias, condiciones de iluminación, sensación de seguridad, alturas de la edificación, tipos de construcciones, cualidades del espacio público, entre otros. El paisaje urbano aparece de este modo definido por diferentes escalas de intervención conforme a sus factores de mayor incidencia.

Tras un relevamiento del marco normativo referido a criterios morfológicos de tejido, se llevó a cabo un análisis perceptivo para mapear las escalas marcadas por las dinámicas de movilidad con los usos del suelo, altura de las edificaciones y condiciones de homogeneidad morfológicas. De tal modo se definen paisajes que recorren y habitan distintos grados de concurrencia.

El borde urbano como escenario de conflictos semánticos

Pocas situaciones de borde urbano establecen conflictos semánticos como atravesar peatonalmente la avenida General Paz, a la altura de la avenida Cabildo-Maipú. Allí se expresan diferentes configuraciones dominadas por el despliegue infraestructural que intensifica su significación. La arteria se transforma en barrera urbana infranqueable y, a la vez, plataforma de uso para una multiplicidad de actores que suben y bajan del transporte público de colectivos. De modo que, además de muro, representa portales de ingreso y egreso a través de los tradicionales puentes que

articulan ambos márgenes de la frontera.

Estas áreas próximas al borde conforman una unidad de paisaje. Sin embargo, las diferentes características reconocidas a lo largo de su recorrido definen subunidades según características intrínsecas de cada fragmento. La avenida General Paz no sólo es portal de entrada a la ciudad, sino que, además, define un espacio de paisaje urbano singular y, aunque un poco caprichoso, se abstrae y se "ríe" de aquellos que lo miran y lo juzgan como muro: cargado de símbolos, todos sus componentes refuerzan la idea de *paisaje de la velocidad*, de lo efímero, de impacto visual al movimiento que lo interpela (Venturi, 1977).

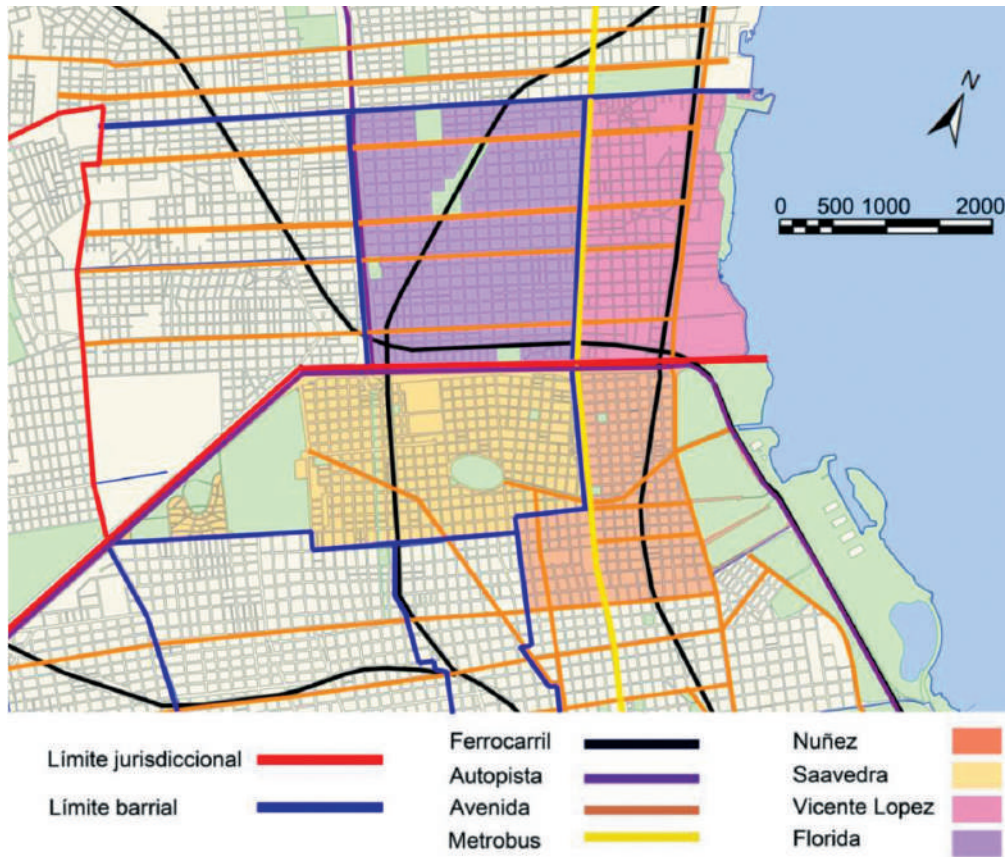


Fig. 13: Identificación de elementos lineales de carácter infraestructural.
 Elaboración: Nicolás Groppa y Sheila Delgado.

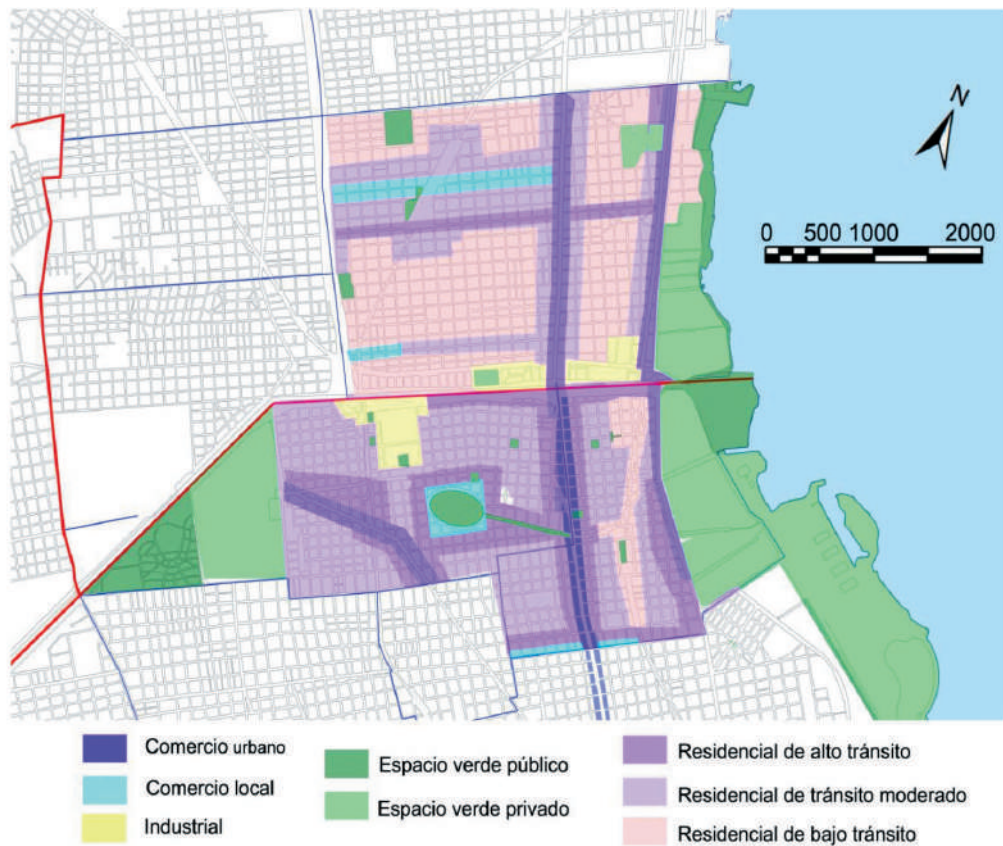


Fig. 14: Áreas de homogeneidad conforme a criterios identitarios. Elaboración: Nicolás Groppa y Sheila Delgado.

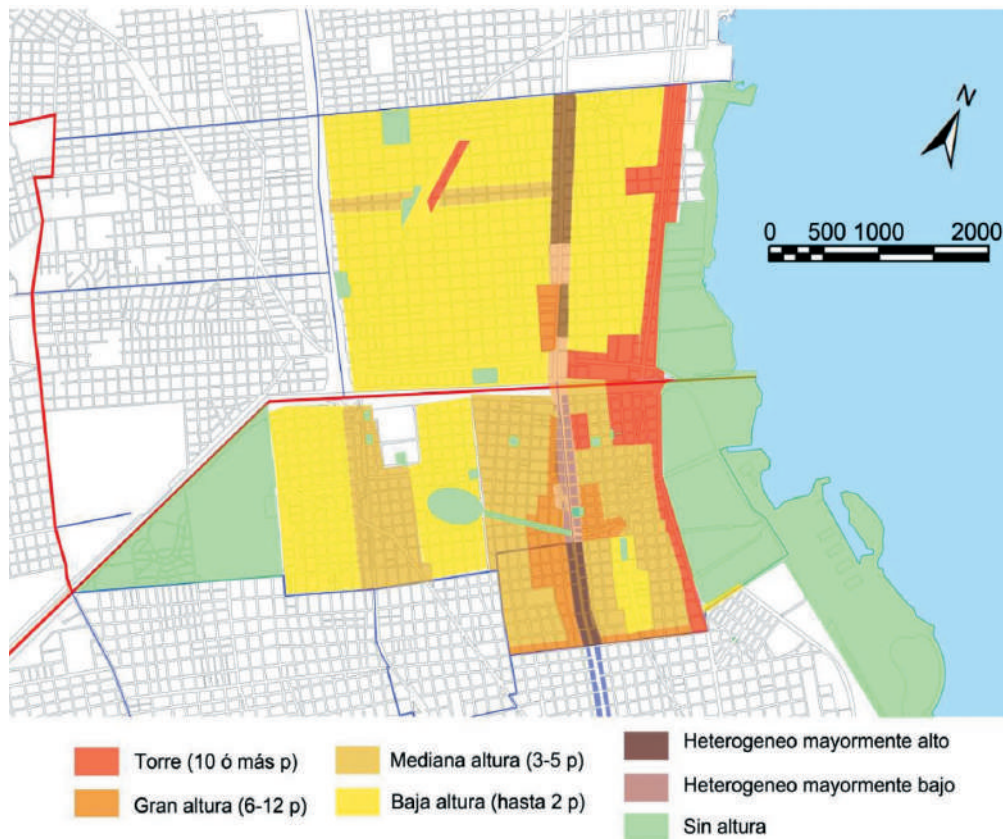
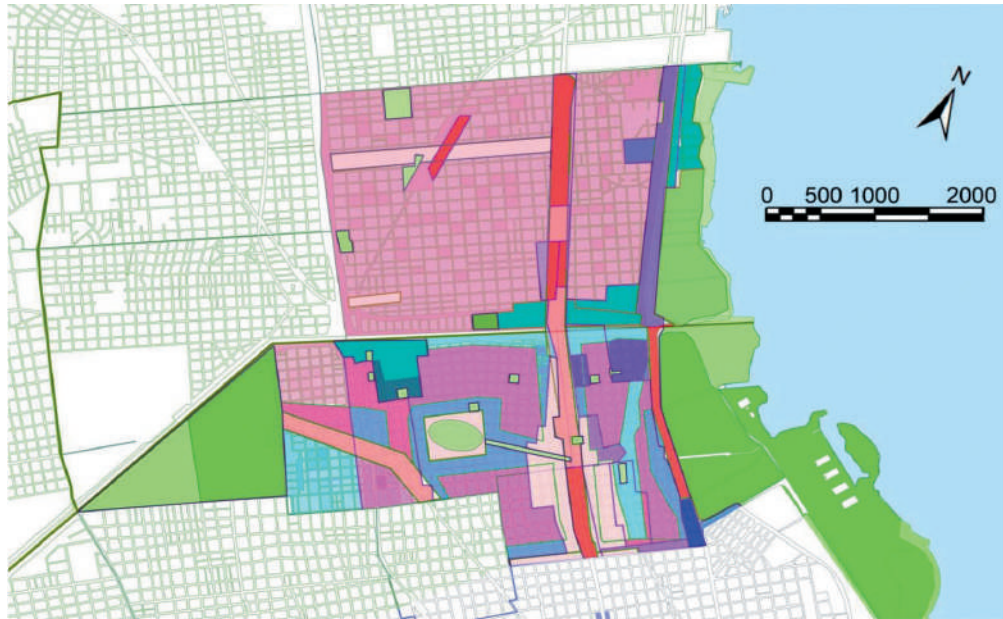


Fig. 15: Identificación de condiciones de altura en las edificaciones.
Elaboración: Nicolás Groppa y Sheila Delgado.



- | | | |
|--|---|--|
| ■ Calles largas sin actividad | ■ Residencial barrial | ■ Residencial alto |
| ■ Espacio público | ■ Residencial bajo | ■ Residencial en torre, poco movimiento |
| ■ Movimiento, comercio y altura | ■ Residencial medio poco movimiento | ■ Residencial en torre mucho movimiento |
| ■ Movimiento, comercio interior y mixtura de altura | ■ Residencial medio mucho movimiento | ■ Grandes edificios y distancias, sin movimiento |
| ■ Movimiento, comercio regional y mixtura de altura | ■ Residencial bajo mucho movimiento | ■ Residencial bajo mínimo acceso |

Fig. 16: Identificación de las unidades de paisaje en el borde urbano.
Elaboración: Nicolás Groppa y Sheila Delgado.

Una *subunidad de paisaje* es un recorte más específico de una unidad de paisaje. En este caso, convergen todas las unidades de paisaje para establecer un diálogo con el borde. Asimismo, conjuga la noción de frontera entre velocidades diferenciales de recorrido: a la vez que separa, también integra; así como segrega, también articula; al tiempo que es frontera, también es conector.

En presencia de un borde de tales características, la porosidad se torna clave para establecer vínculos entre márgenes y traspasar fronteras, tanto física como simbólicamente. Tales vínculos aparecen materializados por puentes, túneles o

pasos bajo nivel (Pírez, 1994).

Estos conectores que atraviesan bordes se pueden asimismo definir como componentes de complementariedad del paisaje que, al estar anclados a la idea de infraestructuralidad, terminan relegados a meros escenarios de desplazamiento:

La sensibilidad se conecta con las experiencias que se producen y se reproducen en la ciudad.

[Cervio, 2020]

Atravesar estos puentes suele reanimar vivencias detonadoras de miedo y de rechazo por

percepciones de inseguridad y opresión que pueden aflorar ante un otro amenazante. “el miedo al otro se actualiza en situaciones de desprotección, desconfianza e incertidumbre” (Cervio, 2020).

En este marco, se identificaron diferentes vincularidades según sea: puente peatonal cerrado tipo jaula o puente mixto abierto y cruces bajo los puentes. Cada uno se analizó en relación con sus condiciones de llegada, su recorrido, su salida y el espacio urbano contiguo al acceso, ya sea a pie o en automóvil. De tal modo, pudo observarse cómo la heterogeneidad de espacios y conectores desvinculan identidades entre sus márgenes.

En los puntos de encuentro entre bordes aparecen los niveles más altos de anonimato, de inseguridad, de desolación y de ausencia identitaria. A estos condimentos se suma la sensación de encierro dada por la morfología estructural o de jaula en todo su recorrido. Cuando el recorrido combina vehicularidad con peatonalidad se reduce al extremo tal sensación de encierro e inseguridad, denotando una mejora en las condiciones perceptuales del paisaje.

Del conjunto de elementos, los conectores lineales que atraviesan el borde –tales como puentes y túneles mencionados– son clave para

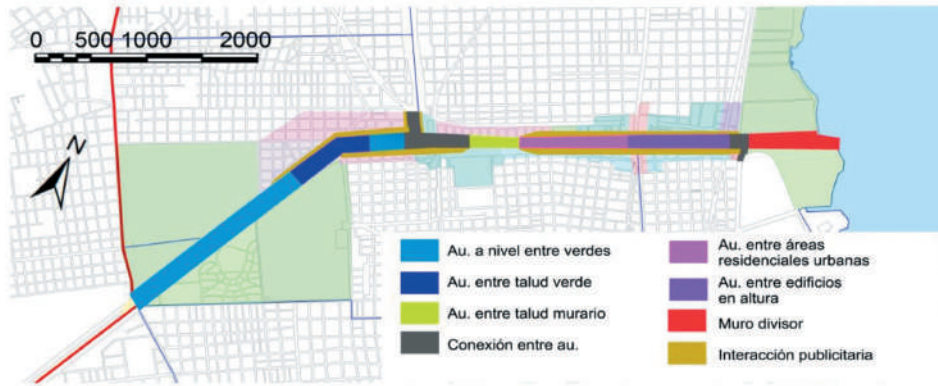


Fig. 17a y b: Definición de subunidades de paisaje en áreas de borde.
Elaboración: Nicolás Groppa y Sheila Delgado.

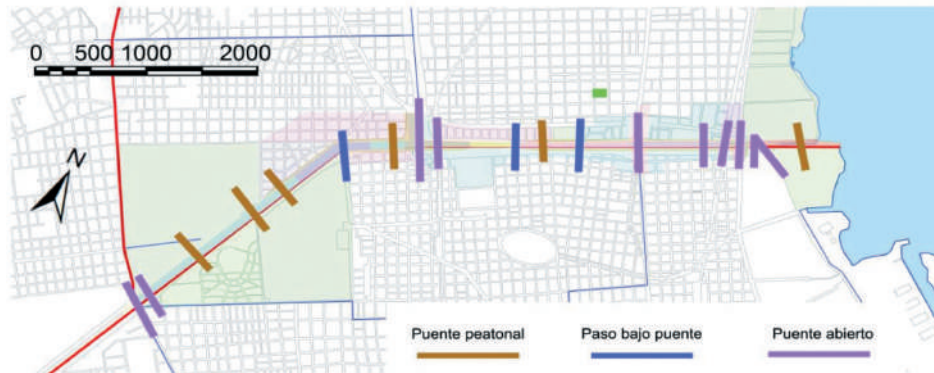
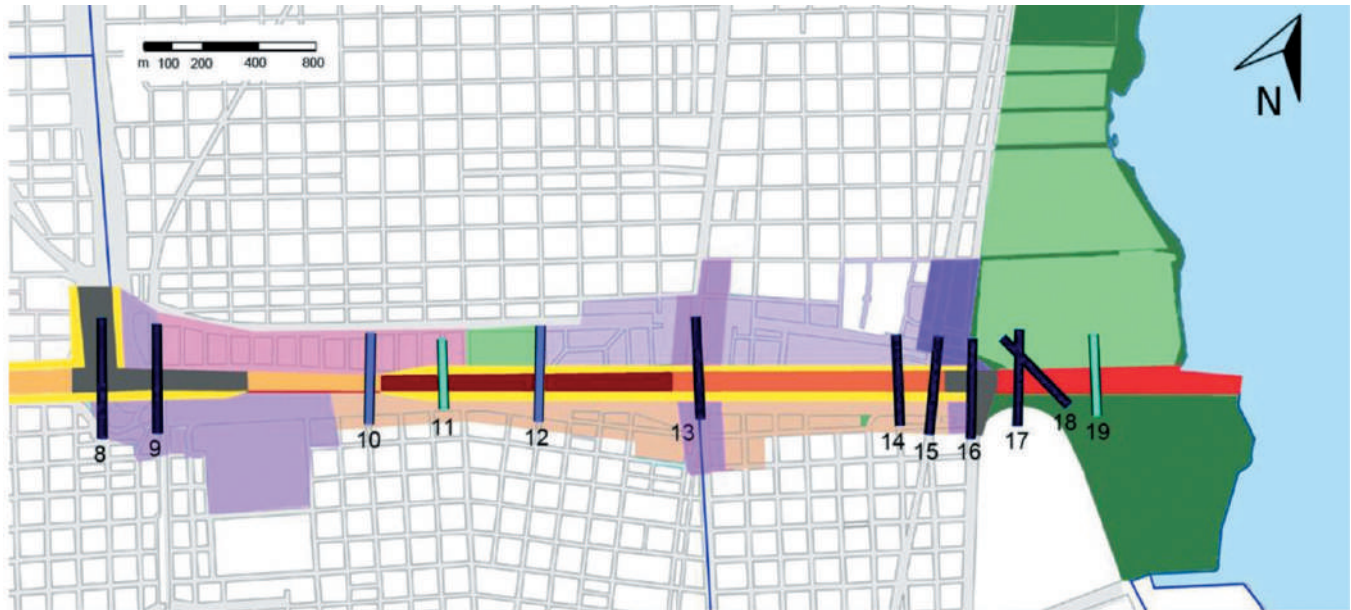


Fig. 17c: Definición de subunidades de paisaje en áreas de borde.
Elaboración: Nicolás Groppa y Sheila Delgado.

Fig. 18: Subunidades del paisaje de borde en sus distintos conectores. Elaboración: Nicolás Groppa y Sheila Delgado. ►



Espacio Verde

- E.V. Público
- E.V. Privado

Puentes

- Bajo autopista hormigón
- Sobre autopista metálico
- Peatonal metálico

Unidades de paisaje Av. Gral Paz

- Conexión entre autopistas
- Muro divisor
- Av. entre edificio en altura
- Av. entre áreas residenciales
- Av. entre taludes murarios
- Interacción publicitaria con Av.

Unidades de paisaje de borde

- Torres con poco movimiento
- Movimiento, comercio y altura
- Gran distancia poco movimiento
- Residencial barrial
- Altura medio con movimiento

romper límites y generar articulaciones entre márgenes, para promover continuidad de tejidos. Sin embargo, las percepciones son muy diferentes al atravesar ese conector según sean las condiciones del entorno como se ha observado, reactivando percepciones de desprotección, desconfianza e incertidumbre (Cervio, 2020). De modo que en el tramo de borde han sido identificados tres tipologías diferenciadas:

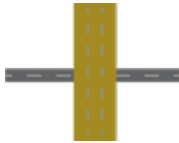
1. Puente peatonal cerrado tipo jaula.
2. Puente mixto abierto.
3. Cruces bajo la avenida.

A la luz de lo señalado, se examinaron estas tipologías de conectores que definen paisajes de borde, considerando: escala, morfología, entorno, movilidad, actividad, función, impacto visual e intensidad de uso.

Paralelamente se observaron áreas de vacancia percibidas en paisajes, que determinaron sectores que se convierten en unidades de paisaje que denotan necesidades de intervención.

Definición de categorías de conectores según su escala

Puentes a escala barrial y metropolitana



Son puentes pequeños, puntuales, con una única senda de doble circulación y tramos de recorrido cortos.

Se ubican en lugares sin identidad, que reactivan percepciones de desprotección.



Nodos de circunvalación que combinan puentes con distribuidores. Presenta espacios abiertos (solo columnas) o cerrados (paredón, talud), con tramos largos de recorrido.

Brinda espacios carentes de identidad, en lugares de aspectos desolados (8). Abarca espacios con identidad y poco transitados (13 y 16).

Elaborados por Susana Torosky.

Definición de categorías de conectores según sus cualidades

Paso vehicular-peatonal bajo el puente



a) Taludes a ambos lados crean un espacio lúgubre, con superficie residual en ambas márgenes.

1. Avenida Constituyentes

Poco transitado

2. Avenida General Paz al 4900

Desolado



b) Bordes con elementos divisorios menores que permiten visuales prolongadas y mayor luminosidad del espacio.

18. Calle Zufriategui

Desolado



c) Totalmente cerrado, conformando un efecto túnel, con escasa luminosidad.

9. Calle Plaza

Poco transitado

17. Calle Machain

Desolado



d) Espacio abovedado, totalmente cerrado, conformando un efecto túnel, con escasa luminosidad.

9. Calle Plaza

Poco transitado

17. Calle Machain

Desolado



e) Un borde duro y otro permeable, que permite visuales y aumento de la luminosidad.

14. Calle Grecia

Desolado



f) Combina bordes abiertos y cerrados; abiertos e iluminados; o ambos cerrados con baja luminosidad.

8. Autopista Panamericana

Desolado

13. Calle Saavedra

Transitado

16. Avenida Libertador

Transitado

Puente vehicular y peatonal abierto



g) Espacio abierto, sin cobertura, con borde bajo, aporte de luz natural y carente de identidad.

6. Avenida Ricardo Balbín

Transitado



h) Espacio abierto, sin cobertura, con estructura que brinda carácter e identidad.

10. Calle Superí

Transitado

12. Calle Zapiola

Desolado y poco transitado

Puente peatonal



i) Abierto a visuales y alta luminosidad. Este tipo de conectores lineales que atraviesan el borde son clave para romper límites y generar articulaciones entre márgenes y promover continuidad de tejidos.

3. Avenida General
Paz al 5500

Desolado

4. Avenida General
Paz al 4800

Desolado

5. Avenida General
Paz al 4300

Poco transitado

7. Avenida General
Paz al 3100

Semitransitado

11. Avenida General
Paz al 2100

Transitado

Se elaboró una encuesta de percepción, en la que participaron cerca de 150 vecinos y una serie de entrevistas aleatorias a usuarios del lugar. En ambos casos se consultó sobre el tipo de conectores utilizados, los medios de desplazamiento y las sensaciones percibidas, entre las que se encontraron: disgusto por la zona, miedo frente a hechos de inseguridad, tranquilidad por iluminación, agrado por la zona o por la presencia policial, alerta por la vorágine y el tránsito, etc.

En general, el cruce peatonal o por transporte público tiende a generar percepción de miedo por cuestiones de inseguridad y un estado

de alerta frente al fragor del tránsito, circunstancias que determinan condiciones de apropiación de una territorialidad u otra, de acuerdo con las cualidades con las que se define cada paisaje de borde.

Desde la perspectiva de la construcción colectiva del paisaje en territorios de borde, emerge la iniciativa de materialización de “puentes verdes” para proporcionar espacios públicos seguros e inclusivos, con actividades de encuentro y de tipo recreativas, con accesibilidad universal, que promueva mejores condiciones de vida para la comunidad de pertenencia.

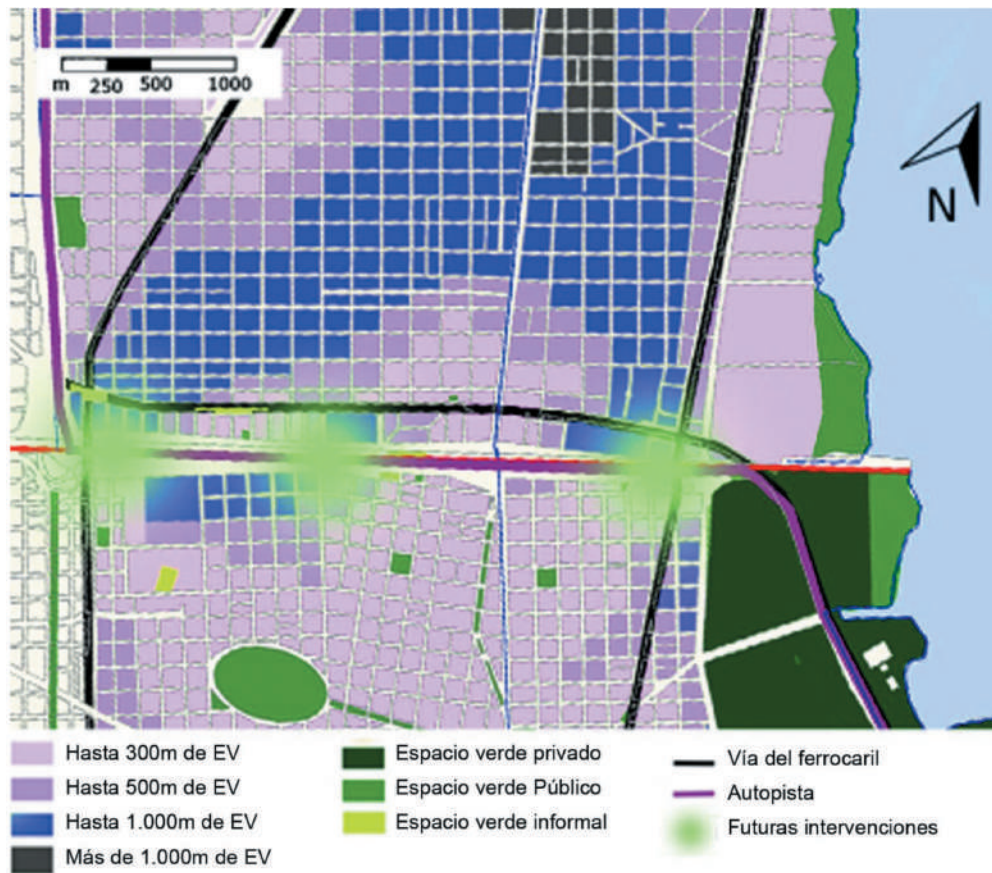


Fig. 19: Determinación de áreas de vacancia en paisajes de borde.
Elaboración: Nicolás Groppa.

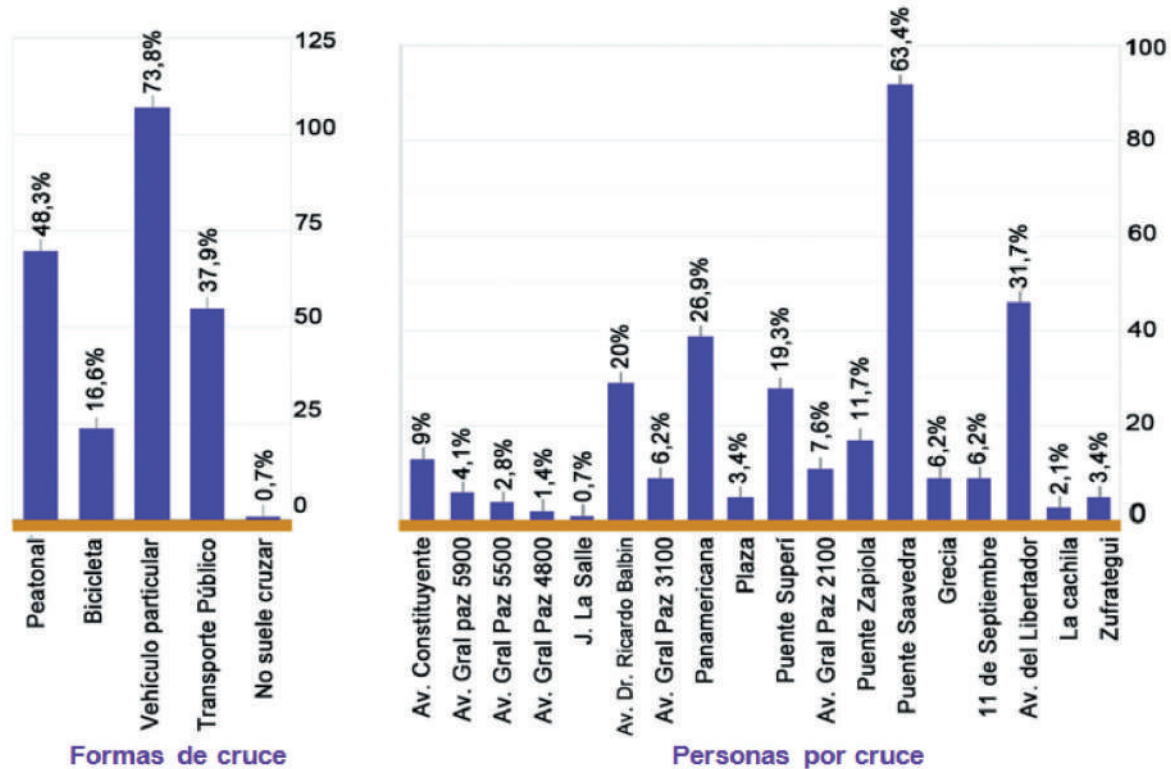


Gráfico 1: Categorías según movilidad y elección del conector de cruce. Elaboración: María Belén Piñeiro.

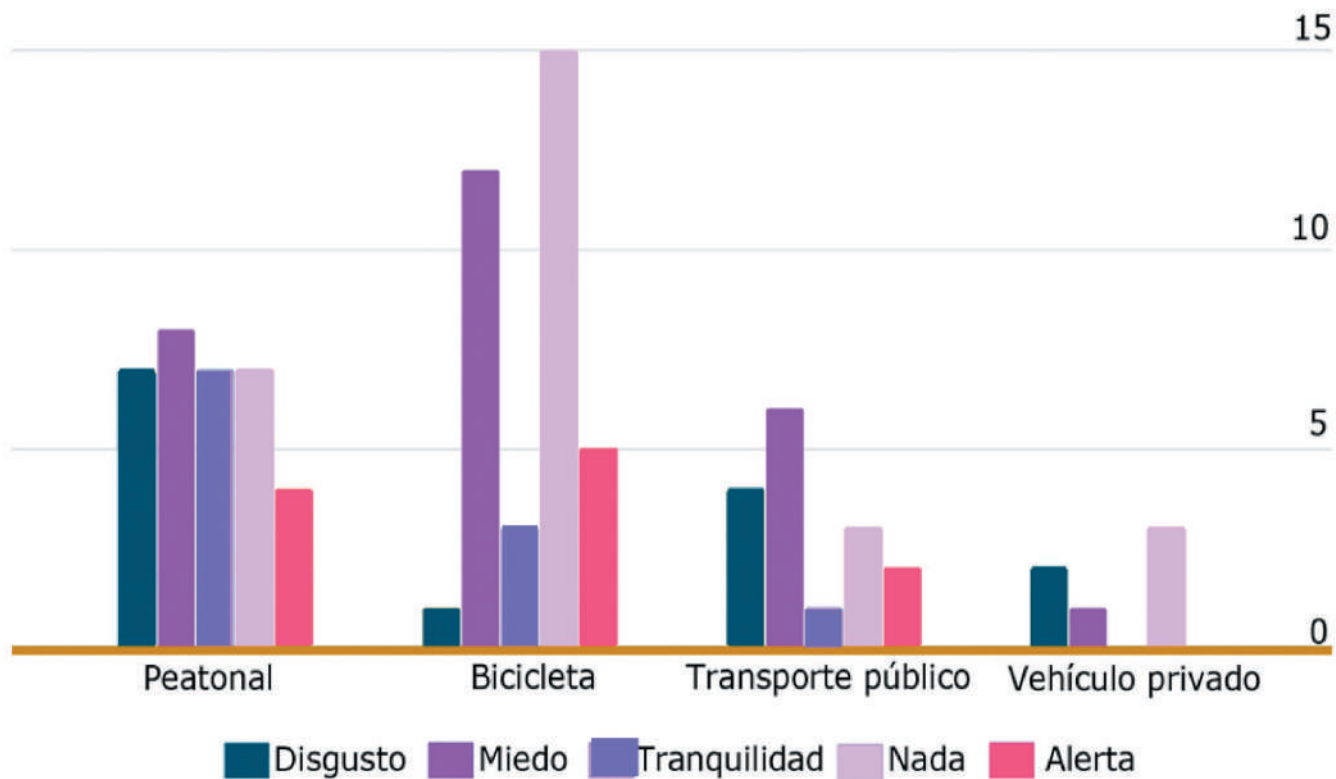


Gráfico 2: Percepciones identificadas al atravesar el conector de cruce. Elaboración: María Belén Piñeiro.

La construcción social del paisaje es un tema complejo y multifacético que involucra, como hemos destacado, diversos actores, principios y valores. En este marco, surgen preguntas interesantes sobre cómo se representa la realidad y si su representación puede ser constatada en el territorio. Asimismo, es importante examinar cómo su análisis contribuye a legitimar discursos y procesos preestablecidos, y cómo la descripción de un lugar, entendida como relato, construye por sí misma una realidad determinada.

En consecuencia, el paisaje urbano, en tanto construcción social, expresa las relaciones de

poder y las estructuras sociales subyacentes en un contexto específico. Esta perspectiva crítica nos obliga a redimensionar significados en relación con códigos específicos producidos en un contexto cultural, político, económico y social determinado.

De modo que la noción de paisajes de borde presenta *constantes* y *matices*. En términos de *constantes*, se caracteriza como una zona vulnerable que busca mejorar, alejada del centro, conquistada y consolidada mediante luchas de poder. Al mismo tiempo, ciertos *matices* muestran su origen como territorio de disputas sociales por el acceso al suelo; luego, como ámbito de pugnas por

la demanda de los servicios básicos y, finalmente, como campo de disputa entre diversos colectivos sociales.

La articulación entre constantes y matices permite generar explicaciones aproximativas de la noción de paisaje de borde, consagrada como frontera de marginalidades, a través de una configuración unívoca de límites a la expansión; como demarcación simbólica, a través de estereotipos autopercebidos por diferentes grupos sociales; y como trama de relaciones de poder.

En conclusión, se trata de construcciones sociales que pueden contener sesgos de subjetividad

y, al mismo tiempo, reflejar los procesos socioculturales que los generan. Tales procesos recuperan la noción de ciudad como “lugar privilegiado”, planteando una transición unidireccional de un escenario “ordenado” a otro de carácter “desordenado” (cfr. Arduino, 2014).

Cuarta parte

El paisaje como entretejido de formas de habitar

Los aportes presentados plantean una aproximación crítica al proceso de construcción de paisajes urbanos de borde y las relaciones establecidas entre las distintas dimensiones –económicas, políticas, simbólicas, territoriales– con los actores que ocupan posiciones diferenciadas en la reproducción de sus vidas. La construcción del paisaje, entendida como parte de la reproducción social, ha sido examinada desde la perspectiva de la diferenciación social en el territorio y, en

este contexto, busca responder a interrogantes tales como: ¿cómo se construye el paisaje urbano y cuáles son los procesos y mecanismos particulares del fenómeno? y ¿cómo se articula su construcción con las posibilidades estructurales de los actores sociales?

De esta manera se recupera el concepto clásico de *reproducción social* –que en términos bourdieusianos refiere a formas producidas y reproducidas por relaciones sociales– como desarrollo de una

comunidad en un lugar determinado. Apela a la construcción de la ciudad a partir de los procesos de reproducción social ante la interacción desigual entre actores sociales que disputan el acceso al suelo; y mecanismos de calificación diferencial que demarcan simbólicamente el territorio. Se parte de un análisis conceptual de ciudad, como proceso de construcción de la vida, que configura un sistema complejo que va instituyendo un orden territorial producto de articulaciones entre espacio y sociedad:

a. Orden espacial, control social: el paisaje de borde se organiza mediante marcas físicas y mar-

cas simbólicas, y son las que establecen las diferencias entre el derecho y el acceso real a la ciudad. Los conceptos en discusión son: la *autoridad*, la *centralidad*, la *legitimidad*, lo *público*, lo *privado*. Este tipo de análisis permite comprender la situación de *fragilidad territorial* y de *vulnerabilidad social* de un sector determinado a partir del agrupamiento de diferentes variables censales.

b. La precariedad sociourbana: conceptualmente se analiza esto como mecanismo para interpretar los procesos de espacialización de tal calificación diferencial, que se expresa mediante un índice a partir del procesamiento de distintas

variables de población y vivienda, tales como: ocupación laboral, nivel de educación, tenencia de la vivienda, cualidades del terreno, acceso diferencial a servicios, entre otros factores.

c. La valorización de la ciudad: la ciudad se valoriza por la interacción entre actores sociales que disputan el acceso al suelo, por las acciones emprendidas por los gobiernos locales y por los marcos regulatorios. Se observa cómo las decisiones y las acciones influyen tanto en la construcción del paisaje urbano como en su ordenamiento, su valorización y su diferenciación.

d. La noción de frontera: cuando actúan sobre

el territorio, los actores sociales lo hacen también sobre un plano simbólico, modificando las condiciones materiales. El orden socioespacial se proyecta como una capa simbólica que es producida, interpretada y reproducida por los diferentes actores. Emerge la noción de frontera, como depositaria de valoraciones y significaciones sobre un adentro y un afuera.

e. Condiciones de fragilidad territorial: esto determina condiciones de fragilidad territorial y de vulnerabilidad social como claves para interpretar el proceso reciente de construcción de la ciudad. Y tales diferencias se ponen en evidencia



Fig. 20: La ciudad se valoriza por la interacción entre actores sociales que disputan el acceso al suelo.



Fig. 21: El paisaje de borde se organiza mediante marcas físicas y marcas simbólicas en el propio territorio.

con mecanismos de identificación de los niveles de precariedad sociourbana presentes en cada uno de sus espacios constitutivos.

f. El entretejido de formas de habitar: dentro del enfoque sistémico, la construcción de una ciudad es examinada como resultado de un entretejido –en principio sociocultural-ambiental– intervenido por el espacio-tiempo, con fuerte anclaje en el territorio y definido por aspectos formales e institucionales de los colectivos sociales que lo habitan, con sus deseos, necesidades y espacios de poder.

El paisaje de borde como frontera de marginalidades

El proceso de construcción de paisajes de borde incita a reflexionar sobre la noción de periferia entendida como frontera de marginalidad. Se parte del supuesto que la marginalidad no implica la exclusión total de una población fuera de la sociedad, sino más bien la ocupación de una posición desfavorable dentro del sistema. Para comprender esta dinámica es necesario analizar la estructuración de prácticas y representaciones sociales que se traducen en *habitus* y que conforman un sistema socialmente constituido. A su vez, la periferia se asocia al espacio social bourdieano

como un campo de fuerzas donde los grupos sociales se definen por sus posiciones relativas y la cantidad y estructura del capital que poseen.

Así, el paisaje adquiere la función de establecer límites, pero estos no son fijos ni cerrados, sino que poseen la característica particular de ser accesibles, traspasables y permeables. Incorporan las nociones de frontera y de puente como figuras narrativas de marginalidades que, en este caso, definen territorios de borde. Estos conceptos permiten reconocer aquello que al mismo tiempo separa y limita, donde la frontera crea y articula, estableciéndose como puente (De Certeau, 1996).

La expresión performativa tiene como significado que “por el mismo hecho de ser nombrada se convierte en acción”. El filósofo del lenguaje Austin (1955) instaló a la palabra ‘performativa’ como realizativa, lo que significa que el hecho de expresar una oración es realizar una acción o parte de ella, acción que a su vez no consistiría sólo en “decir algo” (Figs. 22 y 23).

Por lo tanto, la *frontera* es creada por el *relato* en términos de interacciones y establece diferencias a partir de tales encuentros. El puente, en cambio, cumple la función de completar intervalos, de llenar espacios. Sin embargo, cuando el relato



Fig. 22: La frontera es creada por el relato en términos de interacciones y en ese marco establece diferencias.



Fig. 23: El paisaje incorpora nociones de frontera y de puente como figuras narrativas de marginalidades.

establece puentes mediante historias de interacción, lo hace con una lógica de ambigüedad donde ciertas veces actúa como enlace, pero, otras tantas opone, distingue y distancia. La importancia de estos elementos en sus aspectos narrativos está dada por la transgresión y el desafío a un orden establecido: a la vez que reconoce la alteridad de lo que se esconde más allá de la frontera, hace visible lo que antes permanecía oculto. En todo caso, al ser parte del relato, también representan acción y movimiento, permitiendo el desplazamiento de un lugar a otro.

La noción de fronteras de marginalidad se

sostiene con relatos que desafían límites. En este sentido, se destaca la importancia de la narración, capaz de atravesar el relato. La narración establece un camino que transgrede los límites establecidos, construyendo movimientos donde hay un límite, en su juego ambivalente donde al tiempo que define, también pone a disposición del extraño el lugar del cual aparentemente lo está dejando afuera. En este sentido, la narración genera deslindes, que son límites transportables y, a la vez, transporte de límites. En este contexto, el relato no sólo actúa como legitimador, sino que por sí mismo produce los procesos sociales que

describe, haciendo referencia a la fuerza performativa de la que habla Austin. No obstante, esta perspectiva choca con la dinámica real de los procesos sociales, que adquieren movimiento y acción por sus propias características, delimitando territorios por sí mismos.

En experiencias de análisis participativo a través de mapeos colectivos podemos encontrarlos con aspectos de la realidad. Muchas veces, por ejemplo, el acceso a servicios o equipamientos urbanos no está dado por lo que identificaríamos como un área dotacional o de servicios. Si tomamos especialmente la mirada de las mujeres

y personas cuidadoras de un barrio, sobre todo de un barrio que en principio pareciera estar desprovisto de algunos servicios y equipamientos, encontraremos que en la mayoría de los casos, ante la ausencia oficial de dichas prestaciones, son las mismas personas cuidadoras quienes, con la creatividad necesaria y el acceso a bienes y servicios mínimos, generan puntos de encuentro, la mayoría en casas de familia, que funcionan extraoficialmente como puntos dotacionales de cuidado, esparcimiento, producción o alimentación.

Los grupos sociales trascienden fronteras.



Fig. 24: La lectura del paisaje permite establecer áreas homogéneas que se tornan fuertemente simbólicas.



Fig. 25: Los grupos en pugna se movilizan, se transforman, traspasan límites, trascienden fronteras.

El paisaje de borde como demarcación simbólica de lugar

Como señalamos, el paisaje de borde se construye mediante descripciones que pueden ser consideradas en correspondencia con el concepto de relato, con el de una interpretación del territorio atravesado por distintas dimensiones de análisis y que permite recorrerlo de diversas maneras. Este paisaje, identificado como una de las “zonas malas” (cfr. Rodríguez Goia, 2011), intenta establecer una demarcación simbólica de lugar frente a nociones tales como la de privación, de ausencia, de carencia. Es decir, actúa como generador de los procesos que legitima.

En las dinámicas sociales, los grupos en pugna se movilizan, se transforman, traspasan límites, trascienden fronteras, reconfiguran y recalifican el espacio, y generan nuevos símbolos, relaciones y entramados culturales. La identificación de diferencias sociales y su vinculación a lugares específicos puede crear tanto delimitaciones espaciales como barreras simbólicas, de estereotipos, de estigmas y de segregación autoconstruida y auto-percibida. La identificación de tales procesos y su vinculación a lugares específicos permite recorrer el territorio de diversas maneras y generar nuevos símbolos, relaciones y entramados.

La posición que un grupo ocupa en el mundo puede influir en su visión del mismo. Es decir, la percepción social varía significativamente entre el centro y el borde. Vivir en el borde implica habitar en una *representación subjetiva*, influenciada por una carga simbólica que lleva al individuo hacia la periferia de un mundo construido intencionalmente para él, del cual también forma parte (Montero y Salas, 1993). Esta construcción se presenta como un criterio de desvalorización y exclusión, que se ve reflejado y se legitima a través de una representación del paisaje que resalta estas diferencias.

De acuerdo con las propiedades atribuidas a cada zona pueden establecerse áreas homogéneas que se tornan fuertemente simbólicas al diferenciar las zonas consideradas “buenas” de las “malas”. Aunque las unidades de paisaje pueden variar, las representaciones simbólicas asociadas a ellas se mantienen: con la creación de tales marcas se consagran las diferencias asociadas al paisaje, que en última instancia son las que dan cuenta de lo que pueda considerarse como “bueno” o “malo” (Rodríguez Goia, 2011).

Estas representaciones simbólicas se basan en la construcción de una jerarquía social,

de valores, de normas y de expectativas de cada zona. Por lo tanto, se pueden identificar sectores mejores y peores, lo que implica que la distribución del territorio, entendido como recurso y como producto de diferentes cualidades, construidas (físicas) y socioculturales (simbólicas), se realiza fundamentalmente de acuerdo con las capacidades efectivas de acceso (Lombardo, 2012).

Este fenómeno tiene importantes implicaciones en términos de la reproducción de las desigualdades sociales. Las representaciones simbólicas, asociadas a las diferentes áreas de la ciudad definidas en gran medida por los sectores sociales

que las habitan y que construyen el territorio según sus necesidades, posibilidades y perspectivas, pueden perpetuar la exclusión y la marginación de ciertos grupos sociales. En este sentido, es necesario promover una distribución más equitativa y justa de recursos y oportunidades, lo que permitiría una mayor inclusión social y un paisaje más cohesionado.

El concepto de espacialidad, introducido por Soja (1985), se utiliza para explicar cómo el espacio es socialmente producido y cómo las relaciones sociales se materializan en el territorio. En este sentido, se plantea que las identidades de los

actores sociales no son fijas o estables, sino que están en constante cambio y se manipulan según el contexto social en el que se encuentren. En este sentido, los actores sociales cobran relevancia tejiendo relaciones. De modo que entender la relación entre espacio y sociedad en la construcción de paisaje –en particular, de borde– resulta indispensable para interpretar la complejidad y la diversificación de interacciones sociales en la construcción de identidades en la ciudad.

Consideraciones finales

Recuperando conceptos, cabe señalar que la relación entre paisaje y poder, entendido este último como proceso en el que los actores sociales son definidos por sus posiciones relativas en el espacio social, implica el tránsito por diferentes campos simbólicos que, en el caso de territorios de borde, aparecen demarcados por una trama de relaciones. Esta perspectiva es propuesta por Bourdieu (1989), quien argumenta que la posición ocupada en el espacio social está determinada

por la posición en los diferentes campos, definidos por diferentes tipos de capital (económico, cultural, social y simbólico).

De acuerdo con ello, las posiciones en el campo social permiten separar clases –en el sentido de grupos– de elementos que cuentan con características similares y que tienen intereses similares en la toma de decisiones comunes. No obstante, Bourdieu (1989) señala que “las clases que uno puede seleccionar en el espacio social

[...] no existen en tanto grupos reales, aunque ellas expliquen la probabilidad de constituirse en grupos prácticos". Es decir, aunque las clases sociales no son grupos, la probabilidad de constituirse como tales radica en las posiciones que ocupan en el campo social.

Este juego dialéctico entre espacio y sociedad ha llevado a Soja (1985) a introducir el concepto de "espacialidad" para dar cuenta de la complejidad de los fenómenos sociales en términos de su representación simbólica. La espacialidad se refiere, entonces, a la dimensión social del espacio, y su estudio implica una comprensión sobre cómo

se construyen y se representan las relaciones sociales. Es por ello que señalamos la necesidad de considerar no sólo la dimensión física del espacio, sino también las relaciones sociales que se establecen en él, y cómo estas relaciones son producidas, transformadas y representadas en el espacio.

El análisis de la periferia urbana ha sido objeto de discusión y debate durante varias décadas, particularmente en casos como los de la región metropolitana de Buenos Aires, donde la periferia ha experimentado un proceso de transición que la ha convertido en un *territorio en espera* (Tella, 2022). En este contexto, se observa

una discontinuidad en el tejido urbano, una ocupación fragmentada y una pérdida del paisaje rural. Estos cambios han tensado la naturaleza interactiva entre relaciones sociales y estructuras espaciales, dando lugar a agudos procesos de polarización social.

En consecuencia, a partir del caso examinado, se ha interpelado a la noción de paisaje de borde y se ha buscado comprender cómo desde los discursos y las representaciones espaciales contribuyen a instituir diferencias entre centro y borde. Se han identificado aspectos dinámicos y flexibles en el estudio de los procesos sociales que permiten dar cuenta de la

complejidad del fenómeno y se ha examinado cómo los actores inciden en la construcción del territorio.

Desde esta perspectiva, desde la construcción de paisajes de borde, se establecen formas de diferenciación de lugares. Por un lado, se instala un límite simbólico a la expansión urbana; mientras que, por otro lado, se delimita desde la perspectiva de un grupo social autopercebido, en el cual la población se organiza y construye una identidad colectiva; y, finalmente, se establece una producción social colectiva, modelada por pujas y alianzas entre los actores sociales que participan en la construcción del territorio.



Fig. 26: En el Paso Grecia, bajo la avenida General Paz, se ponen de relieve espacialidades diferenciales.



Fig. 27: Las lógicas de representación simbólica aparecen expresadas, también, en el propio Paso Grecia.



Fig. 28: En Puente Saavedra emergen paisajes de borde que establece formas de diferenciación de lugares.



Fig. 29: Pujas y alianzas en la construcción del territorio se manifiestan también en torno al propio puente.

De cara al debate actual, emergen como discursos algunas categorías para el análisis. Hablamos de una *zona de frontera* que no sólo se diferencia de las centralidades, sino que también en su mismo seno deslinda un “afuera” no urbanizado, hostil, incierto, temido y demarca un “adentro” signado por carencias, ausencias y privaciones, y que lo torna tan singular con ese afuera no urbanizado. Y hablamos también de un entramado de poder que condensa relaciones y disputas entre diferentes sectores sociales, y que en esas interacciones es donde en efecto se produce y reproduce como tal.

Desde esta perspectiva, la *construcción del territorio* resulta interpretado como un entretejido de juegos de lenguaje, de formas de vida que en su transversalidad supone la intersección de varias miradas que resultan en un objeto intersubjetivo (Baringoltz, 2023). Este objeto está intervenido por el espacio-tiempo, por sus posibilidades de anclaje en el territorio, por los aspectos formales e institucionales, por los recursos económicos y por los grupos que lo construyen y que lo habitan en sus deseos, en sus necesidades, en sus espacios de poder.

En este sentido, se han identificado varios discursos socialmente legitimados en esta noción de periferia: el *discurso del orden*, dado por el Estado a espacios y actividades; el *discurso del poder*, dado por las luchas sociales y las relaciones de fuerza instaladas; y el *discurso de la diferenciación*, dado por sus propias cualidades socioterritoriales.

El territorio de borde –así entendido– articula *escenarios, espacialidades y actores* como aspecto nodal para hablarnos de un tríptico constituido por *orden, poder y exclusividad* desde donde, a la vez que describe, construye categorías y dialécticas que establecen desde el discurso diferencias en la ciudad.

Referencias bibliográficas

- ARDUINO, Eugenia (comp.). (2014). *Identidades afroasiáticas translocalizadas. Intercambios y resignificación sociocultural*. Mnemosyne, Colección Investigación y Tesis.
- AUGÈ, Marc (2014). *El antropólogo y el mundo global*. Ediciones Siglo XXI.
- AUSTIN, John Langshaw (1955). *Cómo hacer cosas con palabras*. Escuela de Filosofía, Universidad AR-CIS.
- BARINGOLTZ, Eleonora (2023). *Los juegos del lenguaje y el urbanismo o la planificación urbana como un entretejido de formas de vida* (mimeo).
- BOURDIEU, Pierre (1989). El espacio social y la génesis de las clases. *Estudios sobre las Culturas Contemporáneas*, III(7): 27-55. Universidad de Colima.
- BOZZANO, Horacio (2009). *Territorios Posibles, procesos, lugares y actores*. Lumiere.
- BUZAI, Gustavo y MARCOS, Mariana (2012). The Social Map of Greater Buenos Aires as Empirical Evidence of Urban Models. *Journal of Latin American Geography*, 11(1): 67-78. Conference of Latin Americanist Geographers: University of Texas Press.
- CERVIO, Ana Lucía (2020). “Sentidos y sensibilidades sobre la ‘casa’: Exploraciones sociológicas desde la mirada de mujeres de sectores populares”. En: D’HERS, Victoria y BORAGNIO, Aldana (eds.). *Sensibilidades y feminidades: mujeres desde una sociología de los cuerpos/emociones*. *Revista Estudios Sociológicos*, 431. CONICET.
- CHOI, Jennifer; CORBALÁN VIEIRO, Laura; DE SOUSA, Mitchell; DI CORRADO, Rocío y FERNÁNDEZ, Analía (2018). Territory and urban planning: perceptive studies over the south border of the city of Buenos Aires, Argentina. En: 54th ISOCARP Congress 2018.

- CLÉMENT, Gilles (2004). *Manifeste du Tiers Paysage*. Edición Sjet/Objet.
- DE CERTEAU, Michel (1996). *La invención de lo cotidiano*. Universidad Interamericana Iteso.
- DE SOUSA, Mitchell; FERNÁNDEZ, Analía; CHOI, Jennifer; CORBALÁN VIERO, Laura; DI CORRADO, Rocío y LARUMBE ARAUJO, Mariana (2018). Perception, territory and urban planning: Perceptive studies over the south border of the city of Buenos Aires, Argentina. 54th ISOCARP Congress. Bodo (Noruega).
- FERNÁNDEZ, Analía; TELLA, Guillermo; MURILLO, Fernando; ROSSI, Pablo y CALEGARI, Daniel (2005). *Investigación e Interdiseño: Hacia un enfoque integrado de desarrollo sustentable*. Secretaría de Investigaciones; Facultad de Arquitectura, Diseño y Urbanismo de la Universidad de Buenos Aires.
- FOUCAULT, Michel (1978). *Seguridad, territorio y población*. Fondo de Cultura Económica.
- GORTER, Cees; NIJKAMP, Peter y POOT, Jacques (2018). *Crossing Borders: Regional and Urban Perspectives*. Routledge Revivals.
- GRAHAM, Stephen y MARVIN, Simon (2001). *Splintering Urbanism*. Routledge.
- GUTIÉRREZ, Alicia (2002). Problematización de la pobreza urbana tras las categorías de Pierre Bourdieu. *Cuadernos de Antropología Social*, 15: 9-27. Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.
- LEFEBVRE, Henri (1978). *El derecho a la ciudad*. Península.
- LIZARDO, Omar (2009). “The Cognitive Origins of Bourdieu’s Habitus”. Department of Sociology, University of Arizona.
- LOMBARDO, Juan (2008). *La construcción de la ciudad: El caso de la región metropolitana de Buenos Aires*. Nobuko.
- (2012). *La construcción del espacio urbano*. Ciccus.

- LYNCH, Kevin (1960). *La imagen de la Ciudad*. Gustavo Gili.
- MONTERO, Maritza y SALAS SÁNCHEZ, Miguel (1993). “Imagen, representación e ideología. El mundo visto desde la periferia”. *Revista Latinoamericana de Psicología* 25(1): 85-103. Fundación Universitaria Honrad Lorenz.
- MORIN, Edgar (1994). *La Complexité humaine*. Flammarion.
- NOVICK, Alicia (2004). Historias del Urbanismo / Historias de la Ciudad. Una revisión de la bibliografía. *Seminario de Crítica, 137*. Instituto de Arte Americano e Investigaciones Estéticas; Universidad de Buenos Aires.
- OBERZAUCHER, Elisabeth (2017). *Homo urbanus: Ein evolutionsbiologischer Blick in die Zukunft der Städte* [Una perspectiva evolutiva sobre el futuro de las ciudades]. Springer-Verlag, Deutschland.
- PÍREZ, Pedro (1994). *Buenos Aires Metropolitana. Política y gestión de la ciudad*. Centro Editor de América Latina.
- PRIETO MELEÁN, Carlos (2010). *Construyamos nuestro paisaje urbano: El fenómeno del paisaje urbano vecinal Marabino* [Tesis doctoral]. Universidad de Zulúa.
- RODRÍGUEZ GOIA, Marisol (2011). *Mundos urbanos: el contacto con el “otro” y la producción de la diferencia en la ciudad* [Tesis doctoral]. Dir.: Dr. Jordi Roca i Girona. Universitat Rovira i Virgili.
- SAUER, Carl (1995). La morfología del paisaje. *University of California Publications in Geography*, 2(2): 19-53. 12 de octubre de 1925. Traducción de Guillermo Castro H.
- SCHÄFER-BIERMANN, Birgit; WESTERMANN, Aische y MARLEN VAHLE, Valérie Pott (2016). *Foucaults Heterotopien als Forschungsinstrument: Eine Anwendung am Beispiel Kleingarten* [Las heterotopías de Foucault como herramienta de investigación: una aplicación a partir del ejemplo de un huerto]. Springer-Verlag, Deutschland.

- SHELLER, Mimí y URRY, John (2018). Mobilizing the new mobilities paradigm [Movilizando el nuevo paradigma de las movilidades]. *Revista Quid*, 16(10): 333-355. Área de Estudios Urbanos del Instituto de Investigaciones Gino Germani, Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires.
- SOJA, Edward (1985). “La espacialidad de la vida social: hacia una re teorización transformativa”. En: GREGORY, Derek y URRY, John (eds.). *Social relations and spatial structures*. Macmillan.
- SWYNGEDOUW, Erik (1997). Nature, Place and the Politics of Scale. *Scaled Geographies*, 1(1).
- TELLA, Guillermo (2001). *Del suburbio a la post-periferia. Efectos una modernización tardía en la región metropolitana de Buenos Aires*. Ediciones de la Facultad de Arquitectura, Diseño y Urbanismo de la Universidad de Buenos Aires.
- (2007). *Un crack en la ciudad: Rupturas y continuidades en la trama urbana de Buenos Aires*. Nobuko.
- (2014). *Planificar la Ciudad: Estrategias para intervenir territorios en mutación*. Diseño Editorial.
- (2022). Habitar el borde: Condiciones materiales del proceso de construcción de la ciudad. El caso del barrio Nicole. *Revista Posición*, 8: 1-15. Instituto de Investigaciones Geográficas de la Universidad Nacional de Luján.
- TELLA, Guillermo (coord.); CHOI, Jennifer; CORBALÁN VIEIRO, Laura; DE SOUSA, Mitchel; DI CORRADO, Rocío; KESTELMAN, Mora y LARUMBE Y ARAUJO, Mariana (2019). Riachuelo en transformación: Hacia un nuevo estatus urbano de lugar. Primer Premio del Concurso de Ensayos “Una Cuenca por descubrir”, organizado por Autoridad de Cuenca Matanza Riachuelo, Universidad Nacional de Lanús; y Ministerio del Interior, Obras Públicas y Vivienda de la Nación.

- TELLA, Guillermo y DE SOUSA, Mitchell (comp.); FERNÁNDEZ, Analía; CORBALÁN VIEIRO, Laura; LARUMBE ARAUJO, Mariana; DI CORRADO, Rocío; GANDINO, Juana; CHOI, Jennifer; KESTELMAN, Mora; NORIEGA, Noelia y DANIEL, Cecilia (2021). *Paisaje urbano: Estrategias para intervenir un Riachuelo en ciernes*. Diseño Editorial.
- TELLA, Guillermo y LOMBARDO, Juan (coords.); AMADO, Jorge; CASSANO, Daniel y RIVAROLA Y BENÍTEZ, Marcela (2020). *Construir la periferia: Procesos, mecanismos y derechos en la ciudad de borde*. Diseño Editorial.
- TOPALOV, Christian (1979). *La urbanización capitalista*. Edicol.
- TORRES, Horacio (1978). El mapa social de Buenos Aires en 1943, 1947 y 1960. Buenos Aires y los modelos urbanos. *Desarrollo Económico*, 8(70). Ediciones IDES.
- (2001). Cambios socioterritoriales en Buenos Aires durante la década de 1990. *Revista Eure*, 27(80): 33-56. Pontificia Universidad Católica de Chile.
- TORRES-TOVAR, Carlos (2014). Bordes y fronteras: políticas y prácticas de control del crecimiento urbano. *Bitácora Urbano Territorial*, 2(24). Universidad Nacional de Colombia.
- VAPÑARSKY, César (1989). Aportes teórico-metodológicos para la determinación censal de localidades. *Cuadernos del CEUR*, 11.
- (1999). *La Aglomeración Gran Buenos Aires: Expansión espacial y crecimiento demográfico entre 1869 y 1991*. EUDEBA.
- VENTURI, Robert; SCOTT BROWN, Denise e IZENOUR, Steven (1977). *Aprendiendo de Las Vegas. El simbolismo olvidado de la forma arquitectónica*. Gustavo Gili.
- VILLAMIZAR-DUARTE, Natalia (2014). Bordes urbanos: teorías, políticas y prácticas para la construcción de territorios de diálogo. *Bitácora Urbano Territorial*, 2(24). Universidad Nacional de Colombia.

Paisajes de borde

Repensando el territorio como construcción simbólica de lugar

Analia Fernández



Guillermo Tella



Invita a reflexionar sobre el paisaje urbano como herramienta para comprender procesos constitutivos del territorio, donde todos los componentes del tejido urbano cobran sentido a partir de la relación entre actores sociales y la cotidianidad de sus formas de vida. Hablar de un orden simbólico del territorio implica considerar la dominancia de reglas y de actividades normadas, en un contexto de situación, en un lugar y en un espacio determinado. Así, mediante bordes y fronteras se delimitan paisajes.

La articulación entre constantes y matices permite generar ciertas aproximaciones explicativas a la noción simbólica del territorio, que aparece consagrado como frontera de marginalidades, mediante una configuración unívoca de límites a la expansión urbana; como demarcación simbólica, a través de estereotipos autopercibidos por los diferentes grupos sociales; y como trama de relaciones de poder, entablando pujas y alianzas para modelar nuevas realidades espaciales. Sostener un tipo de paisaje equivale a validar un sistema de relaciones.

Partiendo de este enfoque, se toma como caso de estudio el área de borde de la avenida General Paz, arteria que divide jurisdiccionalmente a la Ciudad de Buenos Aires con su región metropolitana norte, y que vincula los enclaves urbanos a ambos márgenes, conformando un eje estratégico de paisaje singular. Así se plantean interrogantes sobre la noción de bordes y fronteras, las perspectivas de consolidación de centralidades, las políticas públicas implementadas, las geografías intrínsecas de lugar, el entretejido de formas de habitar el borde urbano.

ISBN 978-987-25639-8-9



9 789872 583989